

ORIENTACION PONTIFICIA SOBRE LA AUTOMATIZACION Y TECNIFICACION DE LAS EMPRESAS

Por **JAVIER TORO E.**

Sorprenderá y no a pocos, que alguien comparezca a una Asamblea que se ocupa del estudio de la empresa, con el objeto de hacer una exposición acerca de la doctrina pontificia sobre la automatización y tecnificación en el proceso productivo industrial: si la sorpresa se limita a la autoridad del expositor, yo mismo acompaño a los sorprendidos. Pero, no hay lugar al asombro y el recelo si el motivo de tal animosidad es el de oír que la Iglesia —rectora en lo espiritual— se inmiscuye en asuntos temporales.

En realidad, la Iglesia “no se entromete, por su autoridad o por su condición en los dominios de la técnica” según expresión de Su Santidad Pío XI; sin embargo, “como su misión esencial es conducir a los hombres a su último fin y todas las acciones humanas deben ser apreciadas en función de este fin supremo, y son buenas o malas en tanto que nos acercan o alejan del mismo, y así, revisten un aspecto moral”, la Iglesia, depositaria de la moral cristiana, tiene, por lo mismo, innegable derecho de intervención en materia económico-social, si no en nombre de la técnica, si en nombre de la moral, es decir, de la justicia y la caridad, virtudes rectoras del orden social cristiano, el que se fundamenta en el respeto de la persona humana, sujeto de toda sociedad, y en el respeto del bien común, fin de toda sociedad. De allí por qué se hable de una “doctrina social” de la Iglesia en oposición a su doctrina teológica y mística.

I. - Revisión histórica. — Hasta el siglo XII la economía está basada en la propiedad de la tierra. La vida económica tiene formas elementales de círculo local cerrado. Existe el dominio señorial, predomina la agricultura, la moneda es escasa y solo la tierra constituye capital.

Más tarde se forman y desarrollan nuevos caudales. El comercio, antes limitado, transpasa fronteras y hace surgir las comunicacio-

nes y los puertos. El intercambio comercial prospera en centros del norte de Italia, en Alemania, en Francia y en Inglaterra. Aparece entonces la banca, aunque en formas muy rudimentarias. La Iglesia condena el préstamo usurero. Alborea el capitalismo comercial, que tiene su expansión en el siglo XVI como consecuencia de la reforma protestante, en especial de Calvino. Las corporaciones de la Edad Media pierden su importancia. El descubrimiento de América agiliza la actividad económica proporcionando metales preciosos. Los financistas y comerciantes adquieren señalada preponderancia por su influjo oficial. Se abren las primeras manufacturas. En las grandes compañías de Indias se perfila la futura sociedad anónima. El comercio internacional es ya de proporciones. La búsqueda del mayor beneficio monetario y la noción de la riqueza como fin en sí desencadenan pasiones egoístas. Se inicia una ignominiosa explotación de los artesanos, quienes pretenden defenderse rompiendo las máquinas o lanzando al agua a sus inventores. El Papado se revela en 1745 con la encíclica *Vix Pervenit*, la primera encíclica social, en la que, si bien "reconoce que el capitalismo, por el desarrollo del comercio y de la industria, concurre al progreso del bienestar general, también denuncia la avaricia, el espíritu del lucro excesivo y la usura".

Con todo, el mundo económico de aquel entonces recibe con satisfacción la justificación doctrinal a su conducta que le da Adam Smith con su individualismo económico y su política económica liberal. Hay ya cuantiosas fortunas acumuladas. La producción es para un mercado mundial. Las naciones equipadas industrialmente (Inglaterra, Francia y Alemania) proclaman el librecambismo como doctrina oficial para favorecer la expansión de sus mercados. La Revolución Francesa ha acentuado el espíritu individualista.

Los descubrimientos científicos permiten nuevas producciones y aceleran las existentes. Ya Saint-Simon, delumbrado por el industrialismo, quiere aplicar el método científico a los hechos sociales y divulga la idea de que la producción para hacerse más fructífera debe confiarse a los más técnicos y más eficaces. Entre tanto, el régimen económico imperante, que ha prescindido de los principios morales cristianos sacrifica sin piedad las personas de los asalariados a los que utiliza como simples elementos productivos, los que perecen víctimas de tratos inhumanos y de codicia implacable. Las corporaciones artesanales habían muerto desde 1789. Se está cumpliendo la "revolución industrial". El clima intelectual y político saturado de individualismo, así lo permite. Los grandes capitales disponibles, así lo reclaman. La máquina de vapor, la división del trabajo y la concentración urbana, así lo facilitan.

Apenas como consecuencia de todo lo anterior, e inicialmente más como rebelión de defensa ante el industrialismo triunfante que como política positiva permanente se gestan durante la primera mitad del siglo XIX, tendencias de formas diversas, hostiles todas al régimen individualista y al principio connatural de la propiedad privada. El anhelo igualitario y colectivista emerge entonces como doctrina política en el Manifiesto de Marx en 1848.

Oscurece aún más el horizonte la infiltración progresiva del anticlericalismo volteriano entre los jefes de empresa y a partir de 1860 la influencia antirreligiosa provocada por las logias masónicas en la masa obrera.

Y en dónde ha estado la Iglesia durante este penoso proceso, que es a la vez itinerario del progreso material humano y el origen de las convulsiones políticas que en este siglo XX inquietan a la humanidad?

Limitémonos a las intervenciones pontificias:

Su Santidad Gregorio XVI había ya denunciado los errores del liberalismo en su encíclica "Singulari nos" en 1834.

Su sucesor, el Papa Pío IX, maldice, proscribire y condena con su autoridad apostólica "los errores que acompañan el desenvolvimiento del capitalismo moderno", codificando en cierto modo todos los textos de sus antecesores sobre el mismo tema. Tal el objeto de la encíclica "Quanta Cura" publicada en diciembre de 1864, encíclica que iba acompañada de un Syllabus, o "catálogo de los principales errores". El comunismo y el socialismo son igualmente anatematizados. Ratifica así su encíclica "Qui Pluribus" de 1846 en la que les había dado su condenación solemne a tan funestas desviaciones.

León XIII en 1878 renueva las condenaciones pontificales al socialismo en la encíclica "Quod Apostolici". El año anterior, siendo aún obispo de Perousé, censuraba igualmente los abusos del capitalismo. En relación con su solícita atención por los obreros es célebre su pronunciamiento sobre Los Caballeros del Trabajo, organización obrera norteamericana que contaba entonces con 700.000 afiliados.

Pero León XIII quiere fundamentar los grandes principios del orden social cristiano, fundado en la justicia y en la caridad y, para el efecto, constituye en Roma una comisión de teólogos "encargada de examinar las incidencias de la moral católica en el dominio económico". Con base en este estudio y en otros, provenientes de otras ciudades europeas, adelantados por sociólogos, economistas y moralistas, presenta al mundo en 1891 la encíclica que constituyera para los católicos, la "Carta Magna" de nuestra doctrina social, la encíclica "Rerum Novarum".

Leemos en la obra "La Iglesia ante el capital":

Su Santidad "no critica en ella los elementos técnicos del capitalismo, ni propende por la desaparición de la máquina y el retorno a la producción manual pues ella es adquisición del progreso humano para el mayor bienestar temporal, pero, con base en la dignidad de la persona humana, ser racional y libre, hecho por Dios a su imagen y semejanza, rescatado eternamente merced a la encarnación y redención en la divina humanidad de Cristo, con un destino supraterráneo que le exige un mínimum de bienestar en la "ciudad terrestre", reclama Su Santidad una humanización de la vida económica, una reintegración de la persona humana como sujeto de la economía. De allí, su señalamiento de los deberes del estado, como promotor del bien común, como vigilante del derecho de propiedad, como tutela de la moral social. De allí sus palabras sobre el salario justo, sobre las condi-

ciones del trabajo obrero, sobre la "legitimidad, organización y actividad" de las asociaciones profesionales".

Más adelante volveremos sobre ésta encíclica histórica.

Pero, prosigamos el rápido bosquejo.

El siglo XX se inicia bajo los mismos postulados sociales, económicos y políticos legados por el siglo anterior, si bien, atemperados en parte por las palabras de León XIII.

Los sindicatos han florecido. Los obreros han adquirido mayor conciencia de su valer y sus derechos. A su vez, el sector del capital, aún más poderoso, concentra sus unidades fabriles, se ingenia combinaciones y sistemas para el dominio de los mercados y viene la formación del Trust, del Cartel, del Holding company y posteriormente del Konzern y las integraciones horizontales y verticales de la industria. En América, Taylor ha comenzado sus investigaciones para la organización del trabajo. Después de la primera guerra mundial, las circunstancias resultantes del conflicto han modificado las disposiciones del escenario. El capitalismo de combinaciones, transforma la estructura social y jurídica de la empresa. Aparece el proteccionismo en todo su vigor. A su turno, la acción ininterrumpida de las ideas de Marx, fructifica en Rusia en octubre de 1917 gracias a socialistas, anarquistas y nihilistas. La primera etapa de la nueva política social y económica se caracteriza por su abundancia, abundancia sí, pero, de hambre, miseria, muerte y retraso general en los niveles productivos. Tal resultado hace que Lenín decida en 1921 hacer un "serio retroceso hacia el capitalismo de competencia". La estructura económica del sistema capitalista tiene que adoptarse de nuevo, y solo así pueden realcanzarse los niveles económicos de 1913 y aún superarse. La forma industrial capitalista ha demostrado ser la más eficaz para la producción. En 1928, muerto Lenín y deportado Trosky, Stalin decide lanzar a la Unión Rusa en una tercera experiencia, el totalitarismo en su forma de Capitalismo Estatal Planificado, monopolizador, expansivo y dominante.

En 1929 se inicia la crisis mundial de crédito y precios. La paralización del trabajo toma caracteres dramáticos. La confusión se extiende internacionalmente.

Irrumpe el nuevo pontificado en la persona de Su Santidad Pío XI con la "Quadragesimo anno" en mayo de 1931, en un nuevo clamor católico por la restauración del orden social.

Han pasado cuarenta años después de la "Rerum Novarum"; el capitalismo ya ha tomado una configuración diferente. Los vencedores de la libre competencia han reunido sus capitales y su poderío y "la prepotencia económica ha sumplantado al mercado libre, al deseo de lucro ha sucedido la ambición de predominio; toda la economía se ha hecho extremadamente dura, cruel e implacable" según las propias palabras de la encíclica. Se examinan en la encíclica múltiples puntos de la vida económica: el problema de las organizaciones, del monopolismo, de las funciones del estado, de las relaciones de la empresa, de la remuneración obrera, de las relaciones internacionales, de los distintos tipos de socialismo, del carácter individual y social de la propiedad y los deberes que conlleva, en fin, reitera las voces de León XIII y cientos sistemas de la organización científica del trabajo, se hallan in-

después de precisar las causas y efectos de los fenómenos sociales del momento, condena el mal y finalmente señala que la solución sólo se hallará por los cauces de la justicia y de la caridad, "por el retorno a la doctrina del Evangelio, a los preceptos de Aquel que tiene palabras de vida eterna".

Por su parte el comunismo, doctrina "execrable" según Pío IX, "peste mortal" según calificativo de León XIII, que ha logrado puntos malignos, en Méjico y España, recibe otra vez su maldición en 1937, cuando aparece la encíclica "Divini Redemptoris". Falso ideal de redención que con promesas deslumbradoras, despoja al hombre de toda libertad, subvierte la institución matrimonial, niega al mismo Dios, aniquila la dignidad humana y deifica al estado.

"La Iglesia no objeta en el comunismo ni la traducción de los mecanismos económicos que en otras partes han dado pruebas de su eficacia, ni la creación de una industria pesada, ni el desarrollo de las granjas del estado o de las cooperativas agrícolas. No interviene tampoco contra el comunismo en nombre de los intereses económicos, como lo hace el capitalismo occidental, sino en un orden infinitamente más alto, en el de la concepción misma del hombre y por que tiene la misión de defender la persona humana, la familia y la sociedad; porque como dice el Pontífice "en semejante doctrina es evidente que no hay ya lugar para la idea de Dios, no existe diferencia entre el espíritu y la materia, ni entre el alma y el cuerpo; no hay supervivencia del alma después de la muerte, y por consiguiente ninguna esperanza de otra vida". El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir en ningún terreno la colaboración con él, de parte de quienes quieren salvar la civilización cristiana".

El 2 de marzo de 1939 asciende al pontificado Su Santidad Pío XII y a partir de entonces, por lo reciente, la historia es bien recordada por todos. Las numerosas intervenciones suyas en materia social, económica, política y científica, a más de ser elevado magisterio espiritual, asombran aún a sabios y a escépticos.

He hecho esta revisión histórica, con marcado hincapié en la posición adoptada por la Iglesia en sucesivos documentos pontificios, porque se hace preciso conocer las ocurrencias y razones que a ello la movieron y se hace necesario igualmente distinguir qué espíritu hemos heredado gratuitamente, qué defectos y virtudes hemos importado con nuestras máquinas y por qué la Iglesia ha juzgado a unos o a otros de tal y cual manera. Además, en ese proceso de la historia, el ingenio humano, aguijoneado por los más variados estímulos, tras sucesivos hallazgos, invenciones y perfeccionamientos ha llegado a la máquina y concebido y aplicado sistemas científicos tendientes a una mayor productividad en su utilización.

II. - Una revolución importada. — Con el título de este aparte, inicia el doctor Alberto Lleras Camargo un capítulo de sus conferencias radiales sobre "Nuestra Revolución Industrial". Leamos en la primera página:

"Como apenas somos beneficiarios gratuitos del ingenio ajeno, estas revoluciones tecnológicas caen sobre nuestras viejas formas y se

incrustan en ellas sin previo proceso de asimilación, de adaptación, o siquiera de explicación. Así siguen conviviendo los seres más diferentes entre sí, las épocas más distantes, los modos de pensar y de actuar más antagónicos, en un extravagante desorden. Colombia como buena parte de América Latina, como la casi totalidad de Africa y Asia es un caso típico de superposición de épocas y de formas sociales anacrónicas. Por muchos aspectos hemos entrado —para bien o mal— a vivir las más avanzadas etapas de la revolución industrial. Pero por todas partes estamos rodeados de un país del siglo XVI, que subsistió entre nosotros hasta hace pocos años, sólido, homogéneo, petrificado”. Y más adelante: “Pienso que el equilibrio de la vida humana se rompe irreparablemente cuando quiera que una máquina introduce una sustitución del esfuerzo de las gentes, y más, mucho más cuando, como está ocurriendo hoy en gran parte del mundo, la máquina es el producto de exportación de civilizaciones capaces de producirla a pueblos apenas capaces de manejarla y explotarla”. Esto decía el eminente hombre público en 1955, con penetrante previsión de situaciones posteriores.

Pero al traer estas palabras, de ninguna manera se entienda como una resistencia a nuestra tecnificación. El espíritu patriótico, la formación y la conciencia profesional me impedirían semejante insensatez. Pero quizá los más modernos avances de la técnica y los más retrocedido precipitadamente a nuestra vida industrial “sin previo proceso de asimilación, de adaptación o siquiera de explicación”.

Los países de economía periférica o subdesarrollados se enfrentan a un delicado problema: para llegar a mayores niveles productivos que les permitan librarse de su inferioridad económica, deben cumplir en período demasiado estrecho, modificaciones substanciales en su estructura, las que en otras latitudes de vieja civilización requieren la pausa de los siglos y el renuevo de muchas generaciones. Ante la alternativa de un progreso industrial precipitado que por sus exigencias ocasione sensible transformación en las relaciones industriales y en la estructura de la producción, por una parte y de otra, el cauteloso medio de perfeccionamiento de métodos y sistemas, aún definiendo sus ventajas y aplazando sus beneficios, para evitar conmociones e impactos, es preferible la segunda solución.

Como tales conmociones e impactos recaen principalmente sobre los obreros, bien está la recomendación del Código Social de Malinas en su numeral 98 cuando dice, refiriéndose a la aplicación de sistemas científicos en la organización del trabajo: “es muy de desear que estos métodos no se apliquen sino después de consultar a los representantes de los trabajadores, y si es posible con su concurso directo”.

Nuestros obreros ahora desadaptados y confusos ante los nuevos sistemas, no están en iguales condiciones para recibir sin resistencia los avances del progreso humano en países plenamente desarrollados. El obrero americano por ejemplo “tiene innato el espíritu de asociación y convivencia”; para él “el marxismo no es un secreto destinado exclusivamente, como entre nosotros, al uso de los jefes máximos, sino una teoría económica y filosófica sobre la que discute con conoci-

miento serio"; tiene un profundo sentido gremial y carece de sentimientos de clase o casta; "ha asistido gradualmente al proceso tecnológico sin saltos notables y aún ha sido su protagonista consciente; vive un grado envidiable de confort y constituye una clase media que bien puede llamarse privilegiada"; y en fin, "es un producto, ante todo de la escuela, y de la escuela secundaria". He ahí notables diferencias que no pueden desconocerse.

Dispénsesele esta disgresión reflexiva sobre nuestras particulares circunstancias, que no son otra cosa que la aplicación de los principios de bien común y del respeto por la dignidad de la persona humana, a nuestro medio social y económico.

III. - La máquina y la organización científica del trabajo. — Siglos han transcurrido desde que Saint-Simon hablara de productivismo. La ciencia aplicada ha revolucionado la técnica y el hombre mismo se pasma al tratar de entender los avances que ha logrado. El progreso técnico industrial, el incremento de los bienes del consumo y la búsqueda del mayor rendimiento y bienestar, han absorbido el espíritu humano.

El empleo de las máquinas más complejas —accionadas por las nuevas energías descubiertas— la creciente mecanización y el afán natural del máximo resultado con el mínimo esfuerzo, han traído novedades sustantivas a las disciplinas de la producción: división del trabajo, estandarización, racionalización y automatismo.

Bajo el punto de vista económico, ello ha permitido intensificar la producción en menor tiempo, ha aumentado la destreza del obrero, ha simplificado las operaciones, ha proporcionado un empleo más ventajoso de los instrumentos del trabajo, ha ahorrado energías, ha puesto a disposición de los hombres mayores cantidades de bienes de mejor calidad y a menores precios. Innegables ventajas. Pero a su vez este nuevo estado de cosas, quizá por ser el producto de una ciencia deshumanizada en ciertos aspectos, ha suscitado delicados y espinosos problemas humanos que tienen por protagonista principal al obrero, pues inciden en él con singulares consecuencias. He ahí la razón clara de las intervenciones pontificias sobre la materia.

Mientras que Taylor, Gantt, Emerson, Halsey, Ross y Kitcheef entre otros, evolucionan distintos métodos para determinar el régimen de salarios y primas más acorde con el rendimiento obtenido y el esfuerzo aplicado, Roma, sin ignorar las legítimas ventajas ni reprochar la técnica, se ha pronunciado en defensa del hombre que con el señuelo de mejores salarios puede llegar a esclavizarse.

En efecto, los nuevos sistemas pueden llegar a considerar al obrero —"espíritu encarnado", según la teología católica expresada por boca del Padre Phillipon— no como un hombre persona, sino como un hombre individuo, lo que no es mas que un envilecimiento de la dignidad humana, al considerar al hombre como un puro valor económico productivo y a la postre "como animal biológicamente calificable, sin la diferencia específica del espíritu" para usar la expresión de Sciacca.

Pero en qué consisten esos nuevos sistemas? Veámoslos sin adentrarnos en detalles:

“El progreso de la producción económica, mediante el establecimiento de la grande industria y la implantación de la producción intensiva y del trabajo colectivo, ha desarrollado otra forma ulterior, que consiste en la repartición entre muchos operarios de las diversas labores que se necesitan para la obtención última de un producto”. Pero cada una de estas labores puede realizarse de muchas maneras diferentes. “Conviene buscar aquella que sea, a la vez, la más productiva, la menos fatigosa y la más rápida”. Establecida la serie de operaciones y movimientos que cada oficio en particular demanda, conforme a la máquina a la que debe aplicarse, observado, “reloj en mano, el tiempo empleado en cada movimiento, para eliminar luego todo paso lento o inútil y agrupar finalmente en serie los más rápidos y eficaces, se estudian —valoración de oficios— las circunstancias que concurren a la estimación de la operación examinada: conocimiento o experiencia que exige, entrenamiento, habilidad e intensidad de esfuerzo físico y mental, responsabilidad que conlleva, ambiente en el que se cumple la labor, calidad de materia prima que se emplea, riesgos a los que se somete el operario, ritmo normal de ejecución y adecuada distribución de los descansos; todo, con el objeto de obtener el rendimiento máximo a una velocidad normal y con la menor fatiga. Todos estos factores se ponderan y traducen a una estimación cuantitativa, después de repetidos exámenes del caso, estimación que constituye la base para determinar el salario de quien desempeñe el oficio examinado. Obtenido así el salario básico, proporcionado a un rendimiento determinado, cualquier resultado superior da lugar a un suplemento, prima o incentivo que también se calcula por unidades de producción”.

Se instruyen y entrenan un número suficiente de obreros que han de servir de asistentes, consultores, jefes inmediatos del personal y el sistema, después de ser objeto de conferencias y exposiciones minuciosas a todos los que habían de realizarlo, se lleva a la práctica. Al menos, este ha sido el proceso de implantación entre nosotros.

Agréguese a lo anterior la estandarización de sistemas, modelos y tipos para una producción en serie, lo que implica para el obrero frente a su máquina la monótona repetición, continua e invariable de una misma labor.

Agréguese también la racionalización, metodizando todo el proceso productivo y se tendrá la escena completa de la realidad imperante en muchas de nuestras factorías. La automatización, el automatismo que ha venido del mundo fantástico de las novelas, ha pasado a ser realidad operante de la ciencia. Veamos lo que dice la revista de LUSICC (Unión Social de Ingenieros Católicos y Jefes de Empresas Francesas) en publicación de enero de 1958:

“El ingeniero confió a la máquina el trabajo que hasta ahora hacía el hombre, pero he aquí que éste debe servirla y manejarla. Trabajo que en verdad no es penoso pero de una monotonía desesperante. Pero, los últimos progresos realizados permiten la desaparición de tal dependencia. Nace una serie de nuevas técnicas. La automatización puede suprimir al hombre como órgano accesorio de la máquina. Esta puede funcionar ya sola. La importancia de esta novedad es tan grande que justifica el término de segunda solución técnica. Y esta

segunda revolución, sin que hayamos superado y aún asimilado plenamente la primera, ya tiene manifestaciones en nuestro medio industrial”.

En qué forma han trascendido estas novedades científicas introducidas al mundo del trabajo (al dominio social), para penetrar mejor el obligado magisterio de los Pontífices sobre la materia?

El obrero a fuerza de repetir invariablemente el mismo trabajo en el mismo sitio y en las mismas condiciones, limitando su iniciativa al campo circunscrito de su máquina, entorpece otras capacidades y encierra sus aptitudes. Adam Smith, no obstante ser el propulsor de la división del trabajo, observa: “El hombre que se pasa toda la vida repitiendo un corto número de operaciones sencillas, cuyos efectos son siempre los mismos, pierde naturalmente el hábito de desplegar sus facultades”. Piénsese en la pesadez y monotonía de un mismo trabajo con la persistencia de ocho horas, redoblado día a día, y se entenderán cabalmente tales palabras.

Además las instrucciones recibidas deben cumplirse. La tarea a realizar no tiene sino una manera eficaz de ejecutarse para producir normalmente unos resultados previstos; en tales condiciones, dice Georges Enverte, prominente jefe de empresa francés en reciente artículo: “el argumento formulado por Marx en 1848 rige todavía: “El productor viene a ser un simple accesorio de la máquina”. Así se cumple la minimización intelectual del operario”.

Y qué decir de la angustiante y esclavizadora tensión del obrero que, pensando en la producción mínima que exige su salario o en la solución de una urgente necesidad económica tras mayor producido, sean cuales fueren sus circunstancias psicológicas personales del momento, negativas o positivas, y quizá con el temor del despido, cumple su jornada bajo la obstinación imperiosa de producir, producir y producir más? He ahí una notoria subversión de valores.

Aunque hay quienes sostienen lo contrario, la aplicación de la ingeniería standard al trabajo y la adopción de nuevas máquinas anatómicas altamente productivas dan origen a desocupación y paro humano. Es natural que los más eficaces desplazan a los menos hábiles, que el rápido desempeño de muchas labores y a velocidades pasmosas por una sola máquina de complicados mecanismos automáticos, desaloje al hombre en muchos salones de fábrica. Se dice que la industria u otras ocupaciones los reabsorben posteriormente. Peligrosa respuesta, si se tienen presentes las repercusiones individuales y sociales del desempleo.

Se habla también de que “el obrero convertido en un especialista, contrae un mayor grado de dependencia con respecto al patrón y a la industria que ejerce, y sufre, por lo tanto, más deplorablemente los efectos de una cesación del trabajo o de una despedida”.

En varios países se ha resuelto equitativamente otro reparo que entre nosotros se hace: no debe exigirse igual número de unidades producidas a un obrero u obrera de 25 años que al otro que ya rebasa los 45 o los 50, máxime, si buena parte de ellos los ha utilizado en la misma empresa que ahora le mide con rasero exigente.

Se lamenta también la falta de entrenamientos, explicaciones y conferencias sobre el sistema que de improviso les llegó; de la carencia de asistentes inmediatos, concedores no para amenazar con licenciamientos, sino para instruir en el momento oportuno conforme a las circunstancias; de las modificaciones sorpresivas de estándares, sin causas para ellos explicables; en fin, de la premura imprudente y la falta de moderación a los entusiasmos excesivos por el establecimiento de los nuevos sistemas, en contraste con la ignorancia general obrera sobre los mismos.

Como se ve, todas las incidencias recaen sobre la persona humana: oigamos ahora a los Pontífices.

IV. - Voz de la Iglesia. — Será preciso partir de la norma fundamental y permanente dictada por Su Santidad León XIII en su encíclica “*Rerum Novarum*” en 1891 y que preside y orienta toda la doctrina social católica.

“La Iglesia quiere que la economía esté al servicio del hombre. Ella fija, como objeto esencial del movimiento obrero, la afirmación práctica de que el hombre es el sujeto de las relaciones económicas y sociales”.

Es esta la contraposición cristiana definitiva a la concepción materialista y productivista del hombre.

“La actividad económica —que tiene por sujeto y centro al hombre— es actividad consciente, libre, responsable y social”, según definición de Mons. Pietro Parán. Tiene su manifestación práctica en el trabajo humano, el que incorpora y traduce en él sus energías y el que compromete todas sus potencias, “trabajar es obrar y quien obra es espíritu y cuerpo, ambos obran al mismo tiempo”. Ya Santo Tomás había calificado el trabajo de “actividad del yo espiritual”. La producción debe ser para el hombre y no el hombre para la producción.

En 1931 Su Santidad Pío XI en la “*Quadragesimo Anno*” tiene palabras de aplauso y admiración por las nuevas conquistas en la sistematización económica:

“Cuantos son verdaderamente experimentados en las cosas sociales —dice la encíclica— invocan con ardor la que llaman perfecta racionalización de la vida económica; en tal régimen —añade el Papa— también nosotros lo deseamos con vehemencia y favorecemos intensamente, pero, será incompleto e imperfecto si todas las formas de la actividad humana se ponen de acuerdo para imitar y realizar, en cuanto es posible a los hombres, la admirable unidad del plan divino”.

Mas adelante y como advertencia a quienes a título de racionalización, llegan a excesos irracionales advierte:

“Puesto que el régimen económico moderno descansa principalmente sobre el capital y el trabajo, los principios de la recta razón o de la filosofía social cristiana, en lo que concierne a esos dos elementos, lo mismo que a su colaboración, deben ser reconocidos y puestos en práctica. Las relaciones entre el uno y el otro deben ser reguladas según las leyes de una exacta justicia conmutativa con la ayuda de la caridad cristiana”.

En 1932 el mismo Pontífice en su encíclica "Caritate Christi Compulsi" sobre la crisis de la humanidad dice:

"Y aún es más de deplorar la raíz de donde brota este lamentable estado de cosas, ya que, si siempre es verdad lo que afirma el Espíritu Santo por boca de San Pablo: "La razón de todos los males es la codicia", mucho más vale en el caso presente. No es acaso el sórdido egoísmo que con demasiada frecuencia preside las relaciones individuales y sociales; no es, en suma, la codicia, cualquiera sea su nombre o su forma, la que ha arrastrado al mundo al extremo que todos vemos y todos deploramos?"

En el año de 1941 con ocasión del cincuentenario de la "Rerum Novarum" Pío XII en su mensaje de Pentecostés por la Radio Vaticana, reitera los eternos principios de León XIII sobre la propiedad, el trabajo, la familia, la riqueza, el estado, los deberes sociales y las soluciones cristianas. Muchos apartes podrían citarse, pero debemos concentrarnos a las preocupaciones de la Iglesia por la primacía de la persona humana y del bien común en frente al problema suscitado por el progreso moderno.

En su discurso de Navidad en 1941 Su Santidad Pío XII sale de nuevo en defensa de la verdad conculcada y escarnecida:

"La majestad y dignidad de la persona humana y de las sociedades particulares resultó herida, rebajada y suprimida por la idea de que la fuerza crea el derecho; la propiedad privada llegó a ser para los unos un poder dirigido a explotar el trabajo de los demás y en los otros engendró celos, envidias, descontento y odio; la consiguiente organización acabó por convertirse en fuerte arma de lucha para hacer prevalecer los intereses de clase".

Reprueba entonces el Pontífice el avance técnico? No, condena su uso indigno. Escuchemos sus palabras en el mismo mensaje:

"Mal argumentaría quien de Nuestras palabras contra el materialismo del último siglo y del tiempo presente dedujera una condena del progreso técnico. No; Nos no condenamos lo que es don de Dios quien, así como nos hace surgir el pan de las parcelas de la tierra, así en los días de la creación del mundo escondió en las entrañas más profundas del suelo tesoros de fuego, de metales y piedras preciosas que la mano del hombre había de escavar para sus necesidades, para sus obras y para su progreso. La Iglesia, madre de tantas universidades de Europa, que aún hoy enaltece y reúne a los más intrépidos maestros de las ciencias, investigadores de la naturaleza, no ignora, sin embargo que de todos los bienes, así como del mismo albedrío, puede hacerse un uso digno de alabanza y de premio o bien de censura y de condena. Así ha sucedido que el espíritu y la tendencia con que muchas veces se ha utilizado el progreso técnico, hayan sido la propia causa de que en el momento presente la técnica tenga que expiar su error. "En virtud de qué principios —dice Dauphin Meunier en su obra "Doctrina Económica de la Iglesia"— iba la Iglesia a criticar los elementos técnicos del capitalismo, la existencia, la multiplicación y la acumulación de los capitales considerados bajo su aspecto de bienes intermedios, de máquinas, etc.? Si bien hay soñadores, literatos o filóso-

fos que han deseado la desaparición del maquinismo y el regreso a la producción manual, la Iglesia, realista, preocupada en reducir los trabajos de los hombres, nunca les ha hecho caso. Por el contrario, coincide en esto con los socialistas, que, aunque adversarios del régimen capitalista, quieren conservar y aumentar su aparato técnico, todo con miras a contribuir al progreso”.

Vuelve Su Santidad sobre este punto en su Radiomensaje de Navidad en 1944 cuando afirma que la vida económica no está fatalmente determinada por el progreso técnico.

“No, —dice textualmente el Pontífice— el progreso técnico no determina como un hecho fatal y necesario la vida económica”.

En realidad, examinados los documentos pontificios, se entiende que la vida económica es una libre manifestación de la voluntad humana —ya vimos al respecto la “*Quadragesimo Anno*—.

El Cardenal Adeodato Piazza, en mensaje Vaticano de 1944 dice:

“Reducir la economía a un conjunto de leyes ciegas y fatalistas, además de contradecir la historia, es hacer de ella una máquina gigantesca que termina por triturar al hombre despojándole de toda libertad y dignidad de vida”.

Insiste la Iglesia en la superioridad de la persona humana. No quiere ello decir que carezca de importancia el aspecto productivo del hombre, sin que él deba entenderse como medida del valer humano. De allí por qué “en numerosos casos —como lo dice el equipo de la *Chronique Sociale* de Francia— las consideraciones puramente técnicas (eficacia, rendimiento), deben desaparecer ante consideraciones de dignidad humana o de paz social”.

En enero de 1952 en Mensaje de Su Santidad a los católicos de Alemania sobre el concepto cristiano de la empresa establece los perfiles exactos de la empresa cristiana: “La empresa es algo más que un simple medio de ganarse la vida y de mantener la legítima dignidad del propio estado, la independencia de la propia persona y de la propia familia. Es algo más que la colaboración técnica y práctica del pensamiento, del capital, de las múltiples formas del trabajo, que favorecen a la producción y al progreso. Es algo más que un factor importante de la vida económica, más que una simple aunque laudable ayuda al desarrollo de la justicia social; y si no fuera más que esto, sería todavía insuficiente para establecer y promover el orden completo, porque el orden no es tal sino cuando reina en toda la vida y en toda la actividad material, económica, social y sobre todo, cristiana, fuera de la cual el honor queda siempre incompleto”.

Y más adelante:

“La gran desgracia del orden social está en que no es profundamente cristiano ni realmente humano, sino únicamente técnico y económico, y que no descansa sobre lo que debería ser su base y el fundamento sólido de su unidad; es decir, el carácter común de los hombres por la naturaleza y de hijos de Dios por la gracia y la adopción divina”.

El 10 de agosto del mismo año, también dirigiéndose a los católicos de Alemania les dice:

“La siempre creciente industrialización y el tecnicismo de la vida amenazan con sofocarle al individuo su autonomía y su libertad. El materialismo, además, completa este antinatural estado de cosas erigiéndolo en ley de la naturaleza, y haciendo así del individuo no otra cosa que un número de la colectividad. Más a la fe repugna este estado de cosas. La fe, hasta lo último defenderá la personalidad del hombre y la personalidad significa energía y libertad, autodecisión y responsabilidad, alma espiritual e inmortal”.

De no menos importancia, es el documento que Monseñor Montiru por venerado encargo de Su Santidad dirige en septiembre de 1952 a la XXV Semana Social de Italia sobre la empresa en la economía moderna:

“Si en los últimos decenios se han realizado mejoras sustanciales en los sectores del trabajo, todavía sigue siendo grave el aspecto de la relación entre la máquina y el trabajador. El descubrimiento, la adopción y la aplicación de la máquina representan ciertamente una conquista del progreso humano. Pero este grandioso fenómeno incluye en sí un lado negativo, en cuanto que los procesos productivos, por su engranaje en una sucesión de fases casi siempre idénticas, amenazan con hacer perder al trabajo todo aliento de humanidad para reducirlo a un simple movimiento mecánico.

“De aquí, la necesidad de estudiar medidas particulares allí donde la máquina puede aumentar el paso; la necesidad de ofrecer al obrero una instrucción profesional educada, que le haga consciente de la específica contribución que aporta al bien producido; de tender a mejorar la conciencia moral, para que se persuada que su trabajo responde también a un servicio hacia el prójimo; y especialmente de reforzar el sentimiento religioso para que el trabajador considere su obra como una colaboración a la acción creadora y redentora de Dios y, por lo tanto, como un medio para el propio perfeccionamiento espiritual”.

El 14 de mayo de 1943, rememora una vez más el Pontífice los perdurables principios de la “*Rerum Novarum*” cuando se dirige a una multitud obrera congregada en la Plaza de San Pedro:

“Hoy día —dice— la producción y el consumo de los bienes económicos se realizan en una sociedad que no sabe dar al progreso ni medida, ni armonía, ni estabilidad. Esa es la fuente de donde se deriva —tal vez más aún que de las mismas circunstancias exteriores de nuestro tiempo— aquel sentimiento de incertidumbre, aquella falta de seguridad que caracteriza a la economía moderna; incertidumbre que ni siquiera las esperanzas de lo futuro pueden hacer más tolerable. En vano se alegrarían en contra las posibilidades de la técnica y de la organización que hacen brillar la promesa de producir cada vez más y a menor costo. La técnica moderna, tan solo si trabaja guiada por el hombre y en beneficio suyo, realiza un progreso técnico y duradero, cuya parte integrante es precisamente el bienestar temporal”.

El Pontífice, tiene también paternales advertencias a los obreros, para precaverlos de la famosa búsqueda de reivindicaciones materiales únicamente como fin en sí, con pragmatismo y materialismo igualmente censurables.

En 25 de octubre de 1954 les habla así Su Santidad en la persona de los obreros españoles peregrinos en Roma:

“La Iglesia desea que quienes trabajan puedan vivir una vida realmente humana, para luego poder vivir una vida cristiana, sin que las excesivas preocupaciones terrenas les impidan mirar al cielo; la Iglesia propugna una más justa distribución de los bienes materiales partiendo principalmente de la base de un justo salario, que garantice la vida presente vuestra y de vuestra familia, abriendo las puertas al ahorro como garantía del porvenir. Pero, debemos añadir una vez más que la Iglesia desea que todas las redenciones materiales tengan por base una elevación intelectual y moral, porque no de solo pan vive el hombre y está escrito: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”.

En el trascendental mensaje navideño de 1956 vuelve Su Santidad Pío XII por los fueros de la verdad y de la justicia ante un mundo moderno que vive “la segunda revolución industrial” bajo la soberbia atea del automatismo moderno que a la vez que se cree dueño de la potencia creadora es víctima confusa del temor y la incertidumbre por la prescindencia de Dios y de la religión.

Clama entonces por una reintroducción del concepto de Dios en los dominios de la ciencia y de la técnica.

“El hombre —dice— domina el impulso de muchos desarrollos naturales y complejos funcionales porque es sobre todo una sustancia espiritual, una persona, un sujeto de libre acción y omisión, y no solamente el punto de enlace en el desarrollo de esos procesos naturales.

“Se afirma que la prerrogativa de la presente época técnica consiste en poder construir incesantemente la sociedad con la progresiva fuerza tecnológica. Los pretendidos realistas enderezan su celo de destrucción contra la religión, culpable, según ellos, de haber creado y de querer mantener vivo todo el pasado y, con particularidad, las formas más decadentes; la hacen, sobre todo, por consolidar las ideas sociales del hombre dentro de esquemas absolutos y, por tanto inmutable. Sin duda alguna, la religión cristiana reconoce y respeta el dominio de la historia sobre el presente y el porvenir de la sociedad humana, porque todo lo que es realidad verdadera no puede ser rechazado ni ignorado por el creyente. Bien sabe éste que el fundamento de la realidad humana y de la sociedad no es un acontecer que se desarrolla según necesidades mecánicas, sino la libre y siempre benévola acción de Dios, como también la acción libre de los hombres animados de amor y de fidelidad dondequiera que ellos sigan el orden trazado por Dios.

“La libertad y la responsabilidad personal, la socialidad y la ordenación social, el progreso bien entendido, son, pues, valores humanos, porque los actúa y saca ventaja de ellos, ventajas así religiosas y divinas, si se mira la fuente de donde dimanan”.

Finalmente, el Vicario de Cristo se detiene de nuevo en junio de 1957 frente a los múltiples problemas surgidos a raíz de la plena automatización industrial y sus efectos al dirigirse a las asociaciones

cristianas de trabajadores italianos, siempre vigilante de las eventualidades ocurribles en el mundo social.

“Hasta ahora —dice el Pontífice— la mecanización, la racionalización y el automatismo eran ya métodos modernos destinados a una más alta producción y distribución de los bienes y a permitir un mejor empleo organizado de las fuerzas de trabajo en las fábricas y en las oficinas. Por lo tanto, si hoy día se habla con tanto énfasis de la automatización se piensa evidentemente en una cuestión mayor, capaz de transformar radicalmente no solo la economía sino también la vida misma del hombre. Pero, que la automatización sirva por sí misma como tal, pueden afirmarlo especialmente aquellos que con el marxismo atribuyen falsamente una importancia fundamentalmente importante del lado técnico de la vida humana. Sin embargo, el desarrollo es determinado siempre por la totalidad el hombre en medio de la sociedad. Para la realidad social y su orden estable no bastan los programas estadísticos y matemáticos. La vida social exige además y principalmente otros conocimientos, la teología, la filosofía y las ciencias de la vida espiritual del hombre y de su historia.

“Punto importante de la vida social —añade el Papa— que debe ser considerado atentamente es el de la desocupación técnica, que puede manifestarse con gran facilidad según las circunstancias, con la introducción de la automatización. Algunos consideran que este peligro no se hace sentir sino por un breve período, ya que con el tiempo, se abrirán con las nuevas industrias otras posibilidades de empleo, con la readaptación de la mano de obra para otros puestos, la disminución de las horas de trabajo de acuerdo con el salario. Parece que tales medios pudieran a largo plazo vencer la desocupación técnica. Para decir verdad, sin embargo, ellos irán a limitar mayormente la libertad del trabajador, aumentando, en determinadas circunstancias, la diferencia entre las categorías de los operarios... Sería conveniente hacer énfasis en el hecho de la desocupación técnica, aunque por un breve período, representaría para algunos países un daño que no es posible afrontar fácilmente”.

Mas que nunca también a qué problema central debe poner de acuerdo los intereses de los que asignan el trabajo y los operarios, hacerles conocedores de la suerte común de una economía social que desarrolle en una forma cada vez más armónica las fuerzas productivas”.

Termina el Pontífice encareciendo a los trabajadores la necesidad de prepararse para las nuevas realidades que presente el automatismo.

Este ha sido, señores, el itinerario doctrinal de la Iglesia frente al problema de la técnica y de la organización del trabajo científico.

Queda a vuestra condición de católicos darle debido cumplimiento y aplicación.

Respeto por la dignidad de la persona humana y por el bien común. “Medida prudente, armonía y estabilidad, con plena conciencia moral y sentido social deben ser vuestras directrices”.

Terminemos con las palabras finales de Dauphin Meunier:

Orientación Pontificia sobre la Automatización y Tecnificación de las Empresas

“La civilización contemporánea, sin tener que rechazar ninguna de las admirables conquistas de la técnica capitalista, será cristiana si los cristianos la quieren y si identifican en su vida íntima, como en su comportamiento económico y social con las enseñanzas de la Iglesia”.